

aparente vencedor; y sortando el buche de aire que retenía, bajo el espeso bigote, sus labios de mixteca, rindió homenaje de cariño a Mr. Wilson, que harto merecía expansiones de positiva gratitud. Entramos uno a uno en silencio y formamos dorada elipse. Por el fonde apareció Huerta, ceñida la vieja levita, que no hubo tiempo de hacerla nueva, acompañado, en triunfo, de sus ministros. El traje le caía tan mal como los pantalones al centinela de Madero. Pausadamente se adelantó, inclinándose a derecha e izquierda la cabeza. Erguido, acomodó los espeuelos para mirar, persona por persona, a los representantes extranjeros; y repitió la inclinación de la cabeza, a diestra y siniestra. Fué aquella su primera ceremonia; y no lo turbaron el recuerdo de sus víctimas, encerradas en la intendencia del mismo palacio, bajo sus pies de sultán, ni el solemne aparato diplomático. Mr. Wilson leyó entonces la pieza literaria del señor Cologan, vertida al idioma de Edgar A. Poe. Nosotros la conservamos en la lengua del clásico D. Francisco de Quevedo:

“Señor Presidente:

El Subsecretario de Relaciones Exteriores me informó, por medio de una nota de fecha 20 del actual, que Vuestra Excelencia había asumido al alto puesto de Presidente Interino de la República, de acuerdo con las leyes que rigen en México. Al mismo tiempo me manifestó que Vuestra Excelencia recibiría con gusto a los representantes de los gobiernos extranjeros acreditados en México; esta misma nota, que el subsecretario de Relaciones tuvo la deferencia de enviarme, fué comunicada también a mis colegas.

Por lo tanto, nos hemos reunido aquí para presentar a Vuestra Excelencia nuestras sinceras felicitaciones, no dudando que, en el desempeño de nuestras altas funciones en las actuales circunstancias, por que atraviesa México, que tanto interés despierta en sus países amigos, Vuestra Excelencia dedicará todos sus esfuerzos, su patriotismo y conocimientos al servicio de la Nación,

y a procurar el completo restablecimiento de la tranquilidad, ofreciendo a mexicanos y extranjeros la oportunidad de vivir en paz y contribuir al progreso, a la felicidad y al bienestar de la nación mexicana”.

En ayunas se hubiera quedado el presidente de cuanto dijo su camarada, a no ser por la costumbre de remitir, previamente al ministerio de Relaciones Exteriores, copia de tales discursos. A cada coma y a cada punto, asentía Huerta con gesto convencido; y, al llegar el turno de contestar, pronunció cuatro párrafos de acartonada prosa, pegados a la memoria.

“Señor Embajador:

Agradezco profundamente las bondadosas palabras que acabais de dirigirme en vuestro nombre y en el del Honorable Cuerpo Diplomático aquí reunido, en esta solemne ocasión en que por primera vez tengo la honra de recibirlos como Presidente Interino Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos.

Los acontecimientos que acaban de pasar han sido el epílogo de la lucha fratricida que ha ensangrentado a la patria, y podéis estar seguros de que pondré todo lo que esté de mi parte —hasta el sacrificio de la vida si fuere necesario— por conseguir la paz que todos anhelamos.

Me complace en aprovechar esta oportunidad para declararos que el gobierno de la República seguirá inspirándose en los más puros principios de equidad y de justicia y en el estricto cumplimiento de sus deberes internacionales, y os prometo, señores representantes de las naciones amigas, que mis esfuerzos y los de mis ilustres colaboradores, se encaminarán a garantizar plenamente las vidas y los intereses de los habitantes del país, nacionales y extranjeros.

Recibid, señor Embajador, para vos y para todos los respetables miembros del Honorable Cuerpo Diplomático acreditado en México, mi más atento y cordial saludo”

En el rudo aspecto de don Victoriano, despuntaba la fibra de un carácter de bronce y nada vulgar entendimiento. Salimos, en procesión, de igual suerte que habíamos entrado; Huerta dedicó lucidas flores de su ingenio selvático al hijo del Sol Naciente, iniciando allí su política japonesa, no obstante la protección del generoso Hurigutchi a la familia de Madero; y transcurridos breves instantes rodeábamos, en el cercano departamento, una mesa cubierta de pasteles, dulces y licores. Mr. Wilson, alegre como unas Páscuas, mojaba con finísimo jerez el regocijo; y en pleno delirio de entusiasmo, concluyó por levantar la copa, rebosada, y brindar por Huerta, por "su gobierno que devolverá la paz al pueblo mexicano...."

—Y para mañana, queridos colegas, aniversario del nacimiento de Jorge Washington, añadí, os invito con vuestras damas, en nombre también de la mía, a que vayáis a la Embajada a las cinco de la tarde....

Atravesaron los coches y automóviles del Honorable Cuerpo Diplomático el más ancho patio de palacio. Al vecino, dá la intendencia donde se hallan vigilados, por el pequeño centinela inmóvil, Madero y Pino Suárez, que esperaban la libertad o la muerte. Se estremeció el piso. Y acaso las víctimas en aquel instante se estremecieron....

La madre, la esposa y las hermanas del presidente caído, gestionaban, de puerta en puerta, la salvación; ocultos, en lugar seguro, porque de otro modo habrían sido encarcelados, por pronta providencia, don Francisco Madero, padre, y don Ernesto Madero, tío del Apóstol. En continua diligencia, las nobles señoras iban y venían de la casa de España, de la de Cuba, de la del Brasil, de la del Chile, de la del Japón, esta última, hasta entonces, asilo piadoso de la conturbada familia. Cada hora, fracasado un plan, intentaban otro; aquí, acudían buscando consejo, allá, una mano protectora; y en todos

lados el desaliento o el pesimismo o el miedo, las rechaza.... Los amigos huían disfrazados, ya en los trenes o en la montaña; o hurtaban el cuerpo a la borrasca en algún sótano apartado, en la mísera buhardilla o en rincones y agujeros del suburbio; y no había jueces, ni abogados, ni otras leyes que el sable tinto en sangre, el espía, el delator y el tenebroso esbirro. Las señoras de la católica aristocracia que imploraron de Madero la vida de Félix Díaz ¿por qué no exigen ahora de Félix Díaz la vida de Madero? Y la ilustre familia que encuentra cerradas las puertas y sordos los corazones, va de una legación a otra, y solo mantienen activa su esperanza unos pocos ministros extranjeros que se estrellan en la cálida inquina de Mr. Wilson. Cuando la madre llorosa, enlutada ya por el suplicio de Gustavo, deposita en manos del raro embajador un despacho dirigido a Mr. Taft, en el que demanda los buenos oficios del poderoso presidente, Mr. Wilson acepta de mala gana el honroso encargo y nunca se recibe de Washington la respuesta; y sí, por iniciativa de quien esto escribe, a fuer de críticos los instantes, acude la fiel esposa a la inspiración humanitaria del dramático personaje, grita desde el fondo de su alma la soberbia y no le enseña otra senda que el abismo.

EL EMBAJADOR:—Vuestro marido no sabía gobernar; jamás pidió ni quiso escuchar mis consejos....

No cree que sea Madero degollado; pero no le sorprende que expie Pino Suárez en el cadalso, la tacha inmortal de sus virtudes....

LA SEÑORA DE MADERO:—¡Oh, eso, imposible! Mi esposo preferiría morir con él....

EL EMBAJADOR:—Y, sin embargo, Pino Suárez no le ha hecho sino daño.... Es un hombre que no vale nada; que con él nada habría de perderse....

LA SEÑORA DE MADERO:—Pino Suárez, señor, es un bello corazón, un patriota ejemplar, un padre tierno, un esposo amante....

El brusco diálogo se prolonga, y no tiene Mr. Wilson

una palabra de alivio.... ¿Pedir él la libertad del señor Madero, interesarse por Pino Suárez? Huerta hará lo que mejor convenga.... La expatriación, por Veracruz, ofrece peligros ¿por qué no se logra en Tampico? El embajador, inexorable.

LA SEÑORA DE MADERO:—Otros ministros se esfuerzan por evitar una catástrofe. El de Chile, el del Brasil, el de Cuba....

EL EMBAJADOR (sonriendo con crueldad):—No.... tienen.... influencia....

Entretanto llegaba yo a la embajada; y en el sitio donde Félix y Victoriano, queriendo devorarse, accedieron a un abrazo, encontré a la señora del doctor Nicolás Cámara Vales, hermano político de Pino Suárez y gobernador del Estado de Yucatán.

—Aguardo al señor embajador—me dijo—que está en conferencia con la señora de Madero....

Y al asomar al vestíbulo, la esposa del mártir seguida de la señorita Mercedes, cuñada suya, salía del salón del frente.... Mr. Wilson saluda y la señora de Madero, sollozando, me informa de la entrevista.... Llevé a las dos damas a su automóvil y no hallé consuelo mejor que dirigir las a "mi" Legación. Volví a la Embajada y un secretario me proporcionó teléfono:

EL MINISTRO DE CUBA (a su esposa):—La señora Madero y su cuñada la señorita Mercedes, van hacia allá, en este momento. Dales valor y enjuga sus lágrimas....

Mr. Wilson ahoga el agrio gesto en la sonrisa diplomática; y nos atiende.

EL EMBAJADOR:—Señor ministro....

EL MINISTRO:—Señor embajador....

EL MINISTRO:—Entonces ¿por qué no dispone Huerta el tren?

EL EMBAJADOR:—De todos modos sería peligroso....

EL MINISTRO:—Hay peligro en Veracruz. ¿Y en Tampico?

MR. WILSON:—En Tampico no hay peligro.... pero tampoco hay buque para embarcarles.....

EL MINISTRO:—Yo daría órdenes al comandante del crucero "Cuba".... y antes de llegar los expatriados habría buque....

EL EMBAJADOR (en voz baja):—Oh, no, yo no hablaré de eso al Presidente; es imposible, Ministro, imposible, imposible....

La visión de Madero libre, encaminándose a la frontera norte de México, arengando a las multitudes, armando a los ciudadanos y encendiendo la revuelta "legalista", perturbaba, sin duda, la mente del yanqui, toda ella abstraída en el propósito de restablecer la paz "material", o sea la única paz que al diplomático interesaba. No era, desde luego, el obstinado Embajador, discípulo, en cuanto a lógica, de Stuart Mill, en punto a sociología, de Herbert Spencer, ni estudiaba el complejo problema con otros datos que los del pretorianismo de Porfirio encarnado en la persona del nuevo Dictador. Nosotros hablábamos de la orden generosa de Agesilao: "A Nicías, si no ha delinquido, absuélvale; si ha delinquido, absuélvale por mí; y de todas maneras absuélvale"; pero Mr. Wilson, como la rubia Ceres, en el sueño de Eumenes, "corta unas espigas y teje una corona al vencedor". En Huerta se condensan todas las esperanzas: ¡pósee los secretos de la paz a que aspira el extranjero! ¿Por qué desviar su mano, perturbar su instinto, enmendar el código de su conciencia? Wilson aboga por una solución: el encierro. Pero Huerta matará.... ¿No es Huerta, en cuestiones mexicanas, juez más adecuado? Huerta matará; es decir, matarán los enemigos del régimen caído; matará el espectro de la paz allí donde el desorden es vi-

vir; donde morir es progresar. Y Mr. Wilson, aturdido por tan pavoroso discernimiento, no quiere interceder en provecho de Madero, e intercede en beneficio de Victoriano. La esposa del Gobernador de Yucatán ha relatado el motivo de su presencia, aquella tarde, en la embajada. Pretendía Mr. Wilson que influyera la aristocrática señora en el ánimo de su marido recomendándole, en persuasivo telegrama, el acatamiento a la nueva situación, ya que, de otro modo, según el indiscreto padrino, se arruinaba el contunaz Gobernador. ¿Sabía entonces Mr. Wilson la proximidad del suplicio de Pino Suárez? Sabiéndolo ¿cabía la peregrina indicación a su cuñado? Penetremos en la tiniebla profunda. Huerta que traicionó a Madero el 18 y le engañó el 19 ¿engañaría, también, a Mr. Wilson, el 22?

Abre sus puertas la Embajada; y luz y flores decoran su interior. La señora Wilson, hace los honores; elegantes, como reinas, las damas; erguidos, como príncipes, los caballeros, contando y riendo, a través de los salones, las peripecias de la víspera. El ministro de Bélgica se lamenta de una granada que hizo explosión en su lujoso comedor. La señora de Strong, esposa del inglés, hace, en tono triste, y con fina gracia, la apología de su yegua, muerta de un cañonazo. Una sola bala atravesó a dos sirvientes del de Guatemala. Y "Piratita", el caballo del hijo del de Cuba, pereció destrozada el anca por la metralla....

UNA VOZ (a mi oído):—El Embajador está nervioso, inquieto....

EL MINISTRO DE CUBA:—¿Por qué?

LA MISMA VOZ:—Aguarda a la Divinidad Salvaje que tarda demasiado....

Mr. Wilson atraviesa, en ese instante, nuestro grupo; reparte sonrisas y mira su reloj:

—Llegarán pronto, dice consolado.

EL MINISTRO DE CHILE (llevándose aparte):—Corre

la especie de que han sido trasladados los prisioneros a la Penitenciaría....

EL DE CUBA:—Nada sé.... y no lo creo....

UNA VOZ:—No falta, sin embargo, quien afirme que al señor Madero le han herido....

OTRA VOZ:—Es falso. Vivo o muerto. Herido, no.

EL DE CHILE:—Insisto en gestionar la expatriación de los prisioneros....

EL DE CUBA:—Yo, lo mismo.

UNA VOZ:—¿Y si dejaran, por ello, de ser gratos al gobierno actual?

EL CHILENO:—Absurdo. Somos ministros de naciones amigas, hermanas; y no actuamos contra nadie, sino en pró de todos. Es un servicio a México.

EL CUBANO:—Tengo este cablegrama de mi gobierno que apoya nuestros esfuerzos. Lea usted, Ministro.

El Sr. Hevia leyó:

"Ministro de Cuba.—México.—Presidente y Gobierno felicitan a usted por sus nobles y humanitarias gestiones para ayudar Gobierno de México a resolver actual situación asegurando la vida del ex-Presidente Madero y del ex-Vicepresidente, y fía en la nobleza de las autoridades y pueblo mexicanos el éxito de tan plausibles esfuerzos para honra de la humanidad y como la mejor manera de apagar las cóleras, en beneficio de la paz y consolidación de las instituciones. Estamos persuadidos de que el pueblo todo de Cuba, así como todos los demás, verían regocijados el respeto de la vida de Madero y sus compañeros, como prueba de la magnanimidad de la Nación Mexicana.—SANGUILY".

EL CUBANO:—Mañana me dirigiré, en nota, al Ministro de Relaciones Exteriores, transcribiendo ese hermoso despacho.

—Al señor Hevia Riquelme le parece "salvadora" la idea.

La concurrencia se "replega", como un ejército en derrota; y entran al salón, Presidente y Embajador, seguidos de los miembros del Consejo, los ayudantes del general y media docena de chambelanes. En el acto, reconocemos la vieja levita de la víspera.... Huerta se detiene; inclina a derecha e izquierda la cabeza, pelada a punta de tijera; acomoda los espejuelos; observa aquí, allá; y a diestra y siniestra repite el saludo reglamentario. La corte forma en torno a la heroica legión recién llegada; y la señora Wilson estrecha la mano del "caudillo". Huerta dobla la cintura en respetuosa reverencia. Y la señora Wilson, acostumbrada a las grandes ceremonias, presenta con gesto afable a las damas. Huerta moviéndose lentamente, vuelve los ojos de un lado a otro; pronuncia frases de tímida urbanidad:

—Beso a usted los pies....

—Mucho gusto....

—Servidor....

La señora Wilson tómale del brazo y rompe la marcha al "buffet". Le siguen las parejas que ella misma ha designado. A la señora del ministro de Cuba la conduce el de Hacienda, el muy ilustre y muy sabio don Toribio Esquivel Obregón.... Rodeamos la amplia mesa, cubierta de primores, y cobra ánimo y calor de fiesta la recepción. Mr. Wilson, tieso, grave, solemne, levanta su copa de champagne. Huerta, mirándole fijamente, le emita. Cien copas más derraman sus espumas. Era en memoria de Jorge Washington. Tres horas y media de vida les quedaban a Madero y Pino Suárez.

EL MINISTRO DE CUBA AL DE HACIENDA:—¿Durará largo tiempo el Gobierno Provisional?

DON TORIBIO:—Deseamos ardientemente que dure poco....

Y variando el tema, rindió homenaje de simpatía a nuestra bella isla. "Estimo a los intelectuales cubanos y me interesa mucho su legislación en materia de Hacienda."

EL DE CUBA:—Me sería muy grato proporcionársela a usted completa....

DON TORIBIO:—Y yo le tomo la palabra, Ministro....

Las ocho y cuarto.... Los salones rápidamente se vacían. En el vestíbulo recojen, damás y caballeros, los abrigo. A la derecha, en el pequeño gabinete donde Huerta y Félix Díaz se abrazaron, dos personajes conversan en reserva. La cortina, temblando al roce de la brisa, deja ver la doble estampa, atareada en alguna confidencia. En el sofá, el Embajador, hincados los codos en las rodillas, clava palabras con la frente, marcando los conceptos. A su derecha Huerta, desplomado en cómoda butaca, escucha embebecido, inmóvil, a espaldas de su sombra, que se proyecta perdida en los bajos de la estufa...

UNA VOZ:—¿Quién pudiera adivinar lo que se dicen?

OTRA VOZ:—Ministro: no olvide usted a Madero y Pino Suárez.

### IX

*Cómo se supo en la Legación de Cuba el asesinato de Madero y Pino Suárez.—La viuda de Madero quiere ver el cadáver de su marido. Cartas cruzadas entre el Ministro y el Embajador. El Ministro de la Barra explica el caso. Nadie cree la versión oficial. Cómo sacaron de Palacio a las víctimas. Informes del general Ángeles. El crimen. Un anónimo que refiere los hechos.*

El Ministro de Cuba, después de brindar en la Embajada de los Estados Unidos, el 22 de febrero de 1913, por la gloria de Jorge Washington, se encerró en su

despacho a trabajar, que tenía cien informes y oficios pendientes, mucho asunto en examen y mucho problema en estudio; montañas de papeles; expedientes y firmas y sellos que aguardaban y cartas y telegramas pidiendo turno; y mediada la noche, al parecer tranquila, dióse el Ministro blandamente al sueño, reclamándole descanso las magulladuras del cuerpo y del espíritu y la prolongada vigilia.

—“¿Qué pasa?....” Un sirviente llama desde fuera de la alcoba. “¿Ocurre algo?....” Despierta el ministro y se yergue sobre las almohadas. El sirviente avisa que la señora Madero quiere hablar por el teléfono, desde la casa del Japón. “¿Es tarde?” Las siete de una fría mañana. Corre la esposa del ministro al receptor y escucha el desolado ruído: “Señora, por Dios; al ministro que averigüe si anoche hirieron a su marido! ¡Es preciso que yo lo sepa, señora!” Y no podía la del ministro consolarla, desmintiendo aquella versión, piadoso anticipo de una dolorosa realidad, porque, en ese mismo instante, su doncella le mostraba a todo el ancho del periódico “El Imparcial”, en grandes letras rojas, la noticia del martirio. El teléfono enmudece.... Allá, en la Legación del país del Sol Naciente, ha saltado por la ventana, a los pies de la viuda, otro diario que le cuenta lo irreparable de su infortunio. Y no ha lugar a duda. La prensa toda, con idénticos detalles, bien cosida al oficial embuste, y cierto lujo alevoso en la información gráfica, preparada en plena calma, descubría, sin quererlo, el proceso de las tinieblas, cometido el crimen, explicado el hecho, serenas las concencias, en una sola noche de furia, sonriente, suave el azul amanecer, que no acudieron al gemido angustioso de las víctimas la tempestad rugiente o el huracán vengador; satisfechos de aquel regalo a la gloria Silfos y Walkirias; disuelta en el rocío la carne, como Hamlet quisiera; y cuajada la sangre en flores inmortales. El estupor, el asombro, abren al pensamiento los abismos y coordinan su lógica las ideas, en raudal vuelo de la Historia: ir de un siglo a otro siglo en un se